

lo ejerce: los sentimientos contrarios, el desprecio, el odio llevado hasta la clerofobia, señales inequívocas de la impiedad. «Los enemigos jurados de la religión», escribe un obispo mártir<sup>1</sup>, «trabajan de todos modos para desacreditar y desprestigiar al clero católico, seguros de que, perdido en el pueblo el respeto á los ministros del Señor, será fácil acabar con la religión.» He aquí una verdad confirmada por la experiencia. ¡Oh! ¡y cómo han conseguido en gran parte su perverso intento! Urge, hermanos míos, poner un remedio oportuno y eficaz á la inundación creciente de la irreligión. Y este remedio, ¿en dónde se hallará mejor que en la restauración del culto público, en tantas partes lastimosamente decaído? Esforcémonos todos por conseguirlo, honrando al sacerdocio, acatando las sagradas ceremonias, respetando y frecuentando el templo, concurriendo con nuestras personas y nuestros recursos á dar al culto público toda la grandiosidad posible, especialmente en las grandes solemnidades de la Iglesia católica. Ellas son para las almas piadosas un reflejo de las eternas alegrías de la gloria, que á todos os deseo.

#### OCTAVA CONFERENCIA.

### El Sacrificio de la Misa.

Hoc facite in meam commemorationem.

Luc. 22, 19.

1. Entre los actos instituídos por Dios mismo para que se le tribute culto digno de su majestad, ninguno hallaréis, hermanos míos en Jesucristo, ni más esencial ni más excelente que el santo sacrificio de la Misa. ¿Qué vendría á ser un templo católico donde no se celebrasen nunca nuestros sagrados misterios? Habría que suprimir en él la

<sup>1</sup> Mons. *Schumacher*, Ob. de Portoviejo, Ecuador.

parte principal, aquella á donde convergen las miradas de la multitud que se congrega dentro de sus muros, donde lucen los más ricos adornos de oro y pedrería, donde se amontonan las luces y las flores para dar un golpe de vista incomparable, el altar, el punto céntrico del templo, de donde se eleva el humo del incienso hasta las alturas de la cúpula para ir á perderse en las del cielo. ¡Ah! ¡qué pobre y desgraciado sería el culto sin la Misa! Tanto como lo es el de las sectas protestantes. La Misa es el encanto de las almas piadosas, para quienes la religión es la vida, y nada les es más amargo, más intolerable que no poder asistir á su celebración todos los días. Pero no sólo del culto privado, sino del culto público y social, es el principal elemento el santo Sacrificio, celebrado con el majestuoso ceremonial de la liturgia católica. ¿Qué festividad religiosa puede celebrarse, ya sea en honor de Jesucristo ó de sus santos, en que la Misa solemne no tenga el primer lugar en el programa? ¿Qué digo, festividad religiosa propiamente tal? Hasta las fiestas cívicas que se quiere santificar por medio del culto, no se solemnizan dignamente sino elevando al cielo la Hostia santa, entre los cánticos del clero y del pueblo, por manos del sacerdote, ora para dar gracias á Dios por la libertad adquirida, ora para implorar las bendiciones celestiales sobre la patria, ó para conjurar los peligros que la amenazan. Nada tiene la religión más augusto que la Misa.

2. Y es porque la Misa es el único sacrificio que actualmente se ofrece á la Divinidad sobre la tierra por los verdaderos adoradores, abolidos ya por divina disposición los sacrificios que en otro tiempo le fueran agradables. Y nada hay que más complazca al Dueño soberano de todas las criaturas que el humo del sacrificio en que se consume la víctima para atestiguar su absoluto y plenísimo dominio. Siempre, desde la antigüedad más remota, le fué

grato á Dios el sacrificio<sup>1</sup>, y lejos de dispensar de él á los hombres, les inspiró su idea, que no pudo ser invento humano, y más tarde les dictó minuciosamente las leyes con que debían ofrecerlo. Sacrificios ofrecieron en la Ley natural el inocente Abel y el justo Enoc; más adelante Noé, saliendo del arca, ileso del naufragio universal. Á su tiempo inmolaron víctimas al Señor, en ocasiones solemnes, el bienaventurado Job, los patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob, y el rey de Salem, Melquisedec. Vino la Ley escrita, y empezaron los diarios sacrificios del pueblo escogido por Dios, figuras todos ellos del grande y verdadero sacrificio de la nueva Ley, que ha de inmolarse hasta la consumación de los siglos<sup>2</sup>. Hoy, en los días de gracia que alcanzamos, cúmplase la célebre profecía de Malaquías, que dijo, en nombre de Dios: «En todo lugar se me ofrece sacrificio y se consagra á mi nombre la oblación pura.»<sup>3</sup> ¡Por cuán dichosos deben tenerse los pueblos cristianos! Ellos solos poseen el sacrificio, merced al cual mira Dios á los hombres con ojos de misericordia y les otorga sus favores. ¿Qué fuera del mundo sin este sacrificio? ¿existiría acaso? ¿no habría perecido ya entre las ruinas de un cataclismo universal? Razón tenemos para presumirlo.

Y ¿qué debemos pensar de aquellos fieles que, á pesar de los gravísimos preceptos de Dios y de la Iglesia, rehusan asistir al sacrificio de la Misa los días consagrados exclusivamente al culto del Señor? No podemos menos de maravillarnos de una conducta tan irregular é inconsecuente con los dogmas que profesan. Seguramente la falta habitual de asistencia á la Misa en los días festivos marca una baja funesta en el termómetro religioso de un pueblo.

Detengámonos hoy, hermanos carísimos, á considerar, primero la existencia del santo sacrificio de la Misa, y segundo,

<sup>1</sup> Ex. 29, 18.

<sup>2</sup> 1 Cor. 10, 11.

<sup>3</sup> Mal. 1, 11.

la obligación rigurosa de asistir á él, á lo menos los días festivos. Asístanos el Señor con su gracia para hablar dignamente de asunto tan sublime.

### I.

3. No es débil argumento de la excelencia de nuestro sacrificio el haber sido figurado en todos los sacrificios de la Ley mosaica. Tal es el común sentir de la Iglesia y sus doctores. Recordemos los principales sacrificios de la antigua Alianza. Sea el primero el del cordero pascual, esto es, el que mandó Moisés ofrecer á los hijos de Israel á la salida de Egipto, entre los gritos de la multitud egipcia, á fin de salvar sus casas, bañadas con la sangre de la víctima, de la común devastación y ruina, causada por la presencia del ángel exterminador<sup>1</sup>. El ángel había dicho en nombre del Señor: «Veré la sangre esparcida en las puertas, y pasaré sin haceros daño alguno.»<sup>2</sup> Y en efecto, el sacrificio del cordero aplacó la indignación divina y dió incolumidad al pueblo hebreo. Su recuerdo fué el más grato para aquella nación, porque lo fué de su libertad de la servidumbre de Egipto. ¡Con cuánta solemnidad se celebraba durante siete días la gran fiesta de la Pascua! Pero si toda la vida de aquel pueblo era, como sabemos<sup>3</sup>, figura de la vida sobrenatural del pueblo cristiano, ¿quién duda que el sacrificio del cordero pascual lo fué del sacrificio del verdadero Cordero inmaculado, Cristo Jesús, inmolido para la redención del género humano, cuando fué celebrada nuestra Pascua, es decir, nuestra salida de la tierra infernal de servidumbre, del Egipto del pecado? Y la Misa ¿qué otra cosa es sino la reiteración substancial del sacrificio del Calvario? De aquí la pompa extraordinaria con que la Iglesia acostumbra solemnizar, por toda una octava, la institución del sacrificio eucarístico junto

<sup>1</sup> Ex. 12, 1 et sqq.

<sup>2</sup> Ibid. 12, 13.

<sup>3</sup> 1 Cor. 10, 11.

con la del sacramento de nuestros altares, con profusión de cánticos alegres, animando á la lengua cristiana «á cantar el misterio del glorioso cuerpo y de la sangre preciosa que aquel fruto nobilísimo del vientre de la Virgen derramó para rescatar al mundo y hacer de todas las naciones su reino sempiterno» — *Pange, lingua, gloriosi Corporis mysterium*<sup>1</sup>. Bien nos declaró el mismo Jesucristo la significación del sacrificio del cordero pascual celebrándolo Él en persona aquella noche, preliminar de la Pasión, momentos antes de instituir el sacrificio del altar. «Con esto», dice Santo Tomás, «ponía fin á las figuras»<sup>2</sup>, sustituyéndolas por la más gloriosa realidad. Y la Iglesia canta con entusiasmo en sus oficios: «Cristo es nuestra Pascua: él es nuestra víctima pascual: él, el ázimo puro de la sinceridad, propio de las almas puras.»<sup>3</sup>

Y ¿qué representaban aquellos sacrificios diarios, de la mañana y de la tarde, de dos corderillos escogidos<sup>4</sup>, que mandaba Dios ofrecerle en olor de suavidad, como ofrenda duradera por todas las generaciones? No otra cosa sino el sacrificio del mismo Jesucristo en el Calvario y en el altar, por cuya virtud habían de ser salvas las generaciones que precedieron á su venida y las que le siguieron hasta la consumación de los tiempos. Ni era otro el objeto que tenía Dios en mira, cuando mandaba que se le ofreciera una sola vez al año aquel gran sacrificio de la expiación general, á que hace alusión el apóstol San Pablo<sup>5</sup>, con ocasión del cual era permitido al sumo sacerdote penetrar en el lugar santísimo del Tabernáculo<sup>6</sup>. Nuestro Señor, cargado con los pecados del mundo entero, como el macho cabrío, llamado emisario, con las iniquidades de todo el pueblo, fué inmolado fuera de la ciudad de Jerusalén, entre los gritos y las imprecaciones de la muchedumbre.

<sup>1</sup> In offic. Corp. Christi.<sup>2</sup> In offic. SS. Sacramenti.<sup>3</sup> Ibid.<sup>4</sup> Ex. 29, 38. 39.<sup>5</sup> Hebr. 13, 12.<sup>6</sup> Lev. 16, per totum.

De igual manera pudiéramos discurrir acerca de los demás sacrificios, siguiendo la guía de los más sabios maestros de la doctrina católica.

4. ¿Qué es, pues, la santa Misa? preguntan nuestros Catecismos, y responden: «Es el sacrificio del cuerpo y de la sangre de Cristo, ofrecido á Dios en el altar, por ministerio de los sacerdotes, bajo las especies de pan y vino, para continuar y representar el sacrificio de la Cruz.»<sup>1</sup> He aquí, hermanos míos, tres títulos evidentes por los cuales podemos rastrear algo de la soberana excelencia del gran sacrificio que tantas almas ciegas miran con desdén, y nosotros mismos acaso no miramos con toda la veneración y estima que merece.

Fúndase el primero en la materia misma así del sacrificio como del sacramento de la Eucaristía, esto es, el verdadero cuerpo y la propia sangre de Cristo Señor nuestro, ó sea, en la dignidad infinita de la víctima. Es verdad de sentido común y que no necesita demostrarse, que la calidad de la víctima da la medida de la excelencia ó valor del sacrificio. ¿No recordáis las condiciones que Dios mismo exigía en las víctimas que habían de ofrecérsele, debiendo ser rechazadas las que no las reunían, para que el sacrificio fuese aceptable á la Divinidad?<sup>2</sup> ¿Por qué miró Dios con ojos de misericordia el sacrificio de Abel, el inocente, y no se dignó poner los ojos en el de Caín, el pecador?<sup>3</sup> ¿No sería porque, mientras éste ofrecía al Señor toda clase de frutos de la tierra, sin discernimiento, Abel, como dice la Escritura sagrada, escogía lo mejor de su rebaño, las primicias de sus corderos, para inmolárlas á su Dios?<sup>4</sup> Es indudable que el esmero en la elección de la ofrenda más preciosa para llevarla á los altares, supone en el que la ofrece los sentimientos de fe,

<sup>1</sup> Guillois, Catecismo.<sup>2</sup> Ex. 12, 5; Deut. 17, 1.<sup>3</sup> Gen. 4, 7.<sup>4</sup> Ibid. 4, 1.

reverencia y amor que dan su principal valor y mérito á aquel acto religioso. Porque ni hoy ni nunca pudieron complacer al Dios de la santidad los sacrificios puramente exteriores, es decir, aquellos que no santificaba el corazón contrito y fervoroso. En este sentido decía el real Profeta: «El sacrificio acepto á Dios es un espíritu mortificado: un corazón contrito y humillado no lo despreciarás, ¡oh Dios!»<sup>1</sup> Con razón se ha visto á los hombres en todos los tiempos y lugares escoger los objetos más valiosos que da la naturaleza y los que el arte fabrica, como el oro y la plata, los mármoles preciosos, las telas más finas y la más deslumbrante pedrería, para presentarlos en místico don á la soberanía del Criador, al tiempo que le ofrecía sus más delicados afectos simbolizados en el humo fragante del incienso. Y no contento con este tributo de reconocimiento de su Majestad, inmolaba también seres vivientes al Autor de la vida y Árbitro soberano de la muerte. Y ¿hay cosa de más precio entre las criaturas visibles que la vida? Y ya que la vida humana no pudiese ser ofrecida en holocausto por ley general, por justísimas razones que á ningún hombre podían ocultarse, la vida de los irracionales, la más preciada posesión del hombre, debía representar al hombre mismo, siendo sacrificada en los altares de Dios. Así es como los sacrificios de la Ley antigua figuraban el sacrificio del hombre. Pero ¿de qué hombre, hermanos míos, sino de aquel que lo fué por excelencia, del Hombre ideal, del nuevo Adán, del padre de la humanidad, Jesucristo, Dios y hombre en una sola persona? Y al llegar á este punto de nuestro razonamiento, hemos descubierto el primordial origen de la excelencia del sacrificio por antonomasia, de la Misa. ¿Qué víctima pudiera concebirse más preciosa ante el acatamiento de Dios que el cuerpo y la sangre del Hombre-Dios? Verdaderamente es infinito

<sup>1</sup> Ps. 50, 19.

el precio de esta víctima, porque es víctima divina, aunque lo sea también humana, elevándose la humanidad á las alturas de la divinidad por un efecto necesario de la unión hipostática de las dos naturalezas. El cuerpo y la sangre que aquí se inmolan de mística manera, pero verdadera y real, forman la Hostia pura, la Hostia santa, la Hostia inmaculada, sobre la cual no puede dejar de poner sus miradas, con rostro propicio y sereno, la soberana Majestad, aceptándola benignamente, mejor que se dignó aceptar las ofrendas de su siervo el justo Abel, el sacrificio del patriarca Abrahán y el del sumo sacerdote Melquisedec<sup>1</sup>.

5. Es cosa que sorprende al que atentamente lo medita, el ver la poca impresión que produce en la generalidad de los ánimos de los fieles la majestuosa grandeza del incruento sacrificio. Con el rostro pegado á la tierra solía adorar á Dios el pueblo de Israel<sup>2</sup>, herido por la majestad de su presencia. Ante la faz de un ángel caían por tierra los justos del antiguo Testamento, tanta era la reverencia que les infundía la aparición de un espíritu superior<sup>3</sup>. ¿Cómo es que nosotros, á quienes no los ojos de la carne, sino la luz de la palabra infalible nos descubre en el altar la presencia real de Jesucristo-Hostia, permanecemos como impasibles, divagada la imaginación en objetos insignificantes, derramados los sentidos, ciega la mente, insensible y helado el corazón? ¿Será que no nos penetramos bastante de la verdad del misterio? ¿será que nuestra fe no tiene la vivacidad que debiera tener acerca de los prodigios estupendos que se verifican en el más humilde altar? ¡Ah! carísimos hermanos, no nos dejemos engañar de vanas apariencias, atengámonos á la realidad. «Allí», dice Santo Tomás<sup>4</sup>, «no vale el testimonio de los ojos, ni del gusto,

<sup>1</sup> Canon Missæ.      <sup>2</sup> Iudith 6, 14.      <sup>3</sup> Tob. 12, 22.

<sup>4</sup> S. Thom., in rythm.